

GRABRIELA MISTRAL INTIMA

De *Ciro Alegria*

Editorial Antártica, Santiago 1989, 143 págs.

En la vorágine de textos alusivos a Gabriela Mistral, con que nos han abrumado durante el centenario, toparse con esta visión de veras íntima —y, por ende, veraz— de *Ciro Alegria* es, más que una sorpresa, un auténtico placer.

Desde luego, está la belleza formal de una edición que, sin ser de lujo, resulta mucho más digna que otras, presentadas a menudo con mayores aspavientos. Sobriedad formal que hubiera gustado a una mujer tan sencilla como la homenajeadada y que, en vez de oscurecer o anular su contenido, lo pone de relieve, dejándole el justo lugar que, en un texto de esta índole, le corresponde. Tampoco el material fotográfico, salvo un par de retratos y las fotos en que aparece con el autor, es sin duda espectacular: lo novedoso, en este mismo ámbito, está probablemente en la serie de cartas que envía Gabriela a *Ciro Alegria*, en las cuales sólo se echa de menos la fecha de emisión para seguir cronológicamente los vaivenes del mutuo «carterío», como dice la propia emisora. Pecado que puede absolverse en virtud del laborioso trabajo de facsímil, siempre interesante tratándose de una personalidad con tan característica letra... o de una letra que revela por sí sola una tan marcada personalidad. El equivalente en el papel, diríamos, a lo que a la cinta es la voz de Neruda.

Dueña de “ese aire distraído que tanto ofende a los demás”, como bien cita Scarpa en sus palabras introductorias, la poetisa chilena inició una amistad con *Ciro Alegria* allá en los días de Santa Bárbara, California, alrededor de 1947, año en que invita al escritor peruano a pasar unas semanas en su casa. La renuente aceptación al convite sería el comienzo de un afecto y entendimiento mutuos, de esos que pasan por encima de pequeñeces y malentendidos, así como de los imprevisibles avatares de esta vida y, lo que es más raro, de los desvaríos de la enfermedad e incluso de la muerte.

Tal vez eso sea lo que más impacta en la lectura de estas páginas: la maravillante capacidad de cariño de esta mujer sola, como nadie, pero capaz, a su vez, de respetar —quizás por eso mismo— las opciones de soledad de los demás. Y es que, sabedora de los frutos mágicos nacidos del silencio y del dolor —y, sobre todo, del recogimiento sobre sí misma, sobre el núcleo inalterable de la propia intimidad—, ella siempre deja el hueco necesario y la necesaria distancia. Distancia que no es lejanía, sino, al menos en este caso, profundo acercamiento. “De alma a alma, de espíritu a espíritu, con gestos y minuciosidades no previstas brotando de ese cuerpo que nunca fue, a pesar de las culpas que ella misma quiso infligirse, un cascarón vacío”. Porque si algún fantasma conjura, a la hora precisa de su muerte, el relato aún emocionado del amigo, ése es, por cierto, el de la esterilidad de Gabriela. *Mater dolorosa, dolorosa amica et mulier amabilis*.

Tal cual queda dicho, parece letanía. Y nadie está, a estas alturas del siglo, para entonar himnos de ningún tipo. No obstante...

Sí. Es tan hondo el gozo y tan corto el olvido, habría que decir, en una mala paráfrasis de Neruda, a propósito de esta *Gabriela Intima* que nos ofrenda *Ciro Alegria*: “Ajustando los dientes, yo he callado mi propio clamor. Me he quedado, no sé cuánto tiempo, recordándola. Gabriela y yo éramos amigos”. Declaración transparente, como las *Materias* de Gabriela. *Pura*.

Y verdadera. Llena de gracia, hecha de limón, sal y pimienta, como habría querido a lo mejor Gabriela: “Tenía fama de inestable, malhumorada y agresiva (...); considerándola según las versiones de las gentes, medio que me amedrentaba”.

Hasta que surge el primer encuentro, o, más bien, el encuentro definitivo. ¿Cómo desligarse, en efecto, de esos lazos tan estrechos y sueltos a la vez, que a través del aire tiende quien firma: “Yo les quiero mucho, aunque calle” o “Un abrazo tierno y mi esperanza” o “Hasta prontito, tu vieja amiga Gabriela” o “Seré muy feliz de que hablemos largo” o “Yo les quiero (...) como si les quisiese desde siempre”? Con razón, con qué enconada razón sale Alegría al encuentro de la maledicencia: ¿Gabriela Mistral, una mujer viril? “Mientras hablaba de sus luchas y dolores, unas veces encendíasele el rostro como si tuviera fiebre, y otras adquiría una pálida rigidez de tronco seco. Sus ojos verdes brillaban más que nunca. Leyendo los versos, tal brillo fue aumentado por el de las lágrimas contenidas, que acabaron por rodar lentamente (...) El dolor fue como una tempestad imprevista que estallara. Su dolor tenía raíces de amor. Para Gabriela Mistral, el amor significó, de modo casi exclusivo, tormento”.

El retrato es, como puede observarse, de primera mano. Y tiene las virtudes y carencias de esa falta de objetividad que es el maravilloso privilegio del amor. Nada mejor que él para penetrar el mundo interior hirviente de esta mujer que, bajo las costras de una piel aindiada o bajo la tosca sarga de sus vestidos, esconde no una diosa ni una diva, sino escasa y hermosamente eso: una mujer. El recorrido de Alegría no va a lo largo ni a lo ancho —como sucede en su novela *El mundo es ancho y ajeno*—, sino hiere y hace fama en lo más medular. Un rayo láser, claro, no una vivisección. Y si el núcleo existencial de Gabriela se revela a punta de fulgores, ecos y chispazos, ello se debe a la espontaneidad que implica la reconstrucción del otro cuando entre ambos sólo media el recuerdo. Pero no un recuerdo longitudinal, por decirlo en líneas, sino un recuerdo actualizado en la vitalidad recurrente de los círculos concéntricos.

No otra es la estructura de esta visión; no otro el método de develamiento. Y por eso, más que por una exactitud difícil de medir y, a fin de cuentas, no interesante, la visión impacta. Porque es única, personal e intransferible, como único, personal e intransferible es, qué duda cabe, el amor.

Y si el *Prólogo* de César Miró está de más, aunque trate en apariencia de Alegría —en realidad, como suele ocurrir, sólo trata en último término de sí mismo—, con el esbozo de Roque Esteban Scarpa *Para un retrato de Gabriela* ocurre exactamente lo contrario: el centro al centro, es decir, a Gabriela y el autor. “Me dejó usted, Ciro, esa alegría particular de ver y tocar a un veedor. Son muy pocos, Ud. lo sabe. El mundo hierve de copistas”.

A Antártica y Dora Varona, la recopiladora póstuma y viuda del escritor peruano, los reconocimientos del lector, hoy y siempre. Porque, como dice Gabriela, “también se escribe con el cuerpo”.

ANA MARIA LARRAIN

ADIÓS, POETA...

De *Jorge Edwards*

Tusquets Editores, 1990, 313 páginas

Adiós, poeta... es varias cosas a la vez: el retrato vivo de una devoción, la de su autor por una de las mayores figuras de la poesía contemporánea: Pablo Neruda, amigo personal, maestro, compañero, jefe, punto de referencia y marca de una época; pero también un personalísimo memorial en el que su protagonista —el narrador y diplomático chileno Jorge Edwards— no sólo relata su propia trayectoria vital, política y literaria, sino que retrata, como un privilegiado espectador del medio siglo, el paisaje de la historia reciente de su país, y aun la de Hispa-